

La Voz de Guipúzcoa

Año VII.

Diario Republicano.

Núm. 2.362

Precios de suscripción.

SAN SEBASTIÁN: tres meses 4 pesetas.—PROVINCIAS, tres meses, 4,50 pesetas.—EXTRANJERO: un año, 35 pesetas.—ULTRAMAR: un año, 50 pesetas.
Las suscripciones hechas por conducto de los corresponsales, tienen un aumento de 10 por 100.
Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 céntimos.
No se devuelven los originales.

San Sebastián.—Miércoles 14 de Octubre de 1891.

Redacción y Administración

Calle de Echaide, número 6, bajo.

Teléfono número 24.

Precios de inserción.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anuncios preferentes (pasclamos), 20 céntimos la línea.—Gacetillas, 50 céntimos.—Anuncios en la primera plana, 1 peseta la línea.
REBAJAS PROPORCIONALES AL NÚMERO DE INSERCCIONES.
COMUNICADOS: 4 precios convencionales, de 1 á 25 pesetas línea.
Hechos anuncios en París M. A. LORETTE, rue Gaumartin 61, uno de nuestros corresponsales.

La Voz de Guipúzcoa

es el periódico de mayor circulación de esta provincia.

Servicio telegráfico especial

La Voz de Guipúzcoa

Otización de la bolsa de Madrid 13 de Octubre 1891

4 por 100 interior	74 75
4 por 100 exterior	90 00
4 por 100 amortizable	87 75
Obligaciones del Tesoro	90 00
Billetes hipotecarios de Cuba 1890	101 40
Billetes hipotecarios de Cuba 1891	97 60
Obligaciones del Banco de España	410 50
Acciones de la Compañía de tabacos	90 00
Paris cheque	10 25
Paris 5 días vista	10 15
Londres cheque	27 85
Londres 90 días fecha	00 00

Buenos-Aires día 10, ora 434*

El mico del presidente

Comprendemos que Cánovas esté enfermo y guarde cama y tome quinina en grandes dosis. No es para menos el caso. Tener que resolver una crisis parcial en la que, á lo sumo, le quedarán libres dos ó tres cartas y tener para ellas una docena de aspirantes es un problema que trae consigo una jaqueca de todos los diablos.

Despedirse, además, de Silveira para entrar en un orden de satisfacciones con respecto al elemento romerista, que equivale á propinar una serie de badilazos en los nudillos á la gente silvelina, es una temeridad que debe crispar los nervios al hombre menos dado á ellos, como el presidente del congreso.

Y á agravar su situación contribuyen los que mayor sumisión debieran rendirle, porque resulta que hasta Lasala quiere volver á ser ministro, petición que ha debido hacérsela este verano en Cristina Enea, cuando para solaz del egregio jefe del partido conservador, como diría un unionista, le trajeron un mico, quien sabe si como símbolo de las muchimas pruebas á que han de someterle aun los amigos que le aclaman como pontífice sumo de la conservación.

Tamaño crueldad es indisculpable. Que cuando el jefe del gobierno necesita de mayor fidelidad de sus vasallos, que cuando todos debieran ser á facilitarle la solución con su sumisión incondicional, le salgan los Lasalas del partido diciéndole que quieren ser ministros, como el personaje del sainete de Javier de Burgos, que quería ser cómico, es un proceder inhumano, desconsiderado, impropio de hombres de las campanillas de los conservadores.

Como si no fuese bastante el desprendimiento de Silveira, que á la larga ó á la corta por algún lado respirará; como si no fuese bastante desdicha la intervención del general Martínez Campos; como si tampoco fuese una calamidad el apoyo y aplauso de los reformistas, lleva la desgracia á Cánovas hasta el extremo de tener que dar satisfacciones á los Lasalas, Rodríguez San Pedro y Cárdenas de su partido.

Y si la solución más manoseada se impone; si al fin es ministro Bosch y Romero Robledo con su gente entra por la puerta chica mientras Silveira sale por la grande, (solución que celebraríamos mucho, porque como somos enemigos del partido conservador y tenemos la franqueza de decirlo, nos alegraríamos ver cómo se descompone en virtud de los tiquis-miquis romero-silvelistas) ¡qué trago para D. Antonio! ¡qué disgusto! El, que nunca doblegó su voluntad á la agenda; él, que supo imponerse á todos los suyos porque sí y por ser quien es, ¡tener que ceder á imposiciones de Martínez Campos, Elduayen y Pidal! ¡tener que sacrificar al único hombre que puede hacerle sombra por otro hombre que, por no tener nada bueno, ni sombra le acompaña!

Compadecemos á D. Antonio.

Y si aún estuviese en Cristina-Enea viendo saltar al moné que le regaló no sabemos quién, hasta tendríamos el atrevimiento de decirle:
¡No será este el único mico que le den á usted!

ARTISTAS GUIPUZCOANOS.

(Instantáneas).

Nuestros cantantes.—Ignacio Tabuyo. Creíamos ingenuamente que el artista que ha conmovido al público del Teatro Real y se ha hecho aclamar con entusiasmos, haciendo el Nelsuko de *Africana* y cantando:

«¡A damastor, re dell'acqua profunde de venti al suon s'aranza soffra l'onde» no pensaría en más agua que en la de tul y lienzos pintados de la escena, ni tendría otras satisfacciones predilectas que las de ver ante sí á un público aplaudiendo.

Pero al Nelsuko de *Africana* y al Bárnaba de *Giocanda* le gusta también con pasión el agua de verdad, le gustan las naves que no son como la del tercer acto de la ópera de Meyerbeer, y en fin, se despejita por ir en una lancha á la boca del puerto de Pasajes y estarse allí dos ó tres horas subiendo ó bajando el aparejo para pescar á la poste un chaparrón sobre sus espaldas que le reduce á la categoría de una empuñada pasada por agua.

Y más extraño parecerá que el Escamillo de la *Carmen* de Bizet, después de arriñonar los trastos de la lida y el alroso traje de *torreador*, coja el caballete, el lienzo y la paleta y se vaya por esos campos de Dios á pintar cuadros.

Todo esto le sucede á Ignacio Tabuyo en quien la Divina Providencia ha reunido por original contraste las admirables condiciones de cantante excepcional y la paciencia de pescador de caña.

¡Quién le dijera al público madrileño que á aquel artista de hermosa y arrogante figura, que invoca la tempestad con hermosos aunque terrible acento para perder á las naves lusitanas, ó que aquel fiero Bárnaba que arroja el cuerpo yerto de *Giocanda* contra una mesa, puede verte metido en una barquichuela pescando salmonetes!

¡Quién le dijera al auditorio del Real que su Nelsuko prodilecto se convierte durante la temporada en cachazo pescador en el mar!

Nelsuko pintor; Nelsuko pescador; Nelsuko apasionado por los partidos de pelota... ¡convengamos en que son graciosísimas estas genialidades de los artistas.

No las criticamos, eso no ¡pues no faltaba más! pero las apuntamos porque casi, casi vienen á confirmar esa creencia muy generalizada de que las excentricidades son patrimonio de los grandes artistas.

Además, nada tiene de extraño que Tabuyo se dedique ahora á satisfacer sus pequeñas aficiones, cuando vé la principal, no solo satisfecha, sino coronada por el éxito.

Hasta aquí ha trabajado con ese empeño y esa fe admirables que sienten los que son verdaderos esclavos del arte.

Tabuyo tenía una hermosa voz. Esto no se lo debía á sí propio. Pero para llegar á la celebridad no basta con una buena voz. Se necesita estudiar mucho, se necesita tener corazón de artista, se necesita comprometerse en el arte; se necesita, en una palabra, subir con sus propios puños. Esto se lo debe Tabuyo á sí mismo. Lo ha logrado. Su mérito es, pues, indiscutible. Sus triunfos son el premio. Ahora que ya tiene un nombre, ahora que se ha labrado una reputación, ahora se consagra también á satisfacer sus pequeños gustos esperando la temporada del Real.

Quiere entrañablemente á su pueblo y aquí descanza y se recrea. ¡Digo! ¡si la querá qual casare emprende el viaje de luna de miel... y se viene á su tierra!

En cuanto á su afición á la pesca, ¡quién sabe si lo que busca son calamares para pintarse la cara cuando canta *Africana*!

PARA CONCLUIR

Tiene razón *La Unión Vascongada*. La polémica que sostenemos sobre sí la catedral de Burgos y el palacio del arzobispo están juntos ó no, no merece continuarse. Sobre todo después de la réplica que formula ayer nuestro colega.

Para cerrar el debate vamos á puntualizar bien los puntos sobre los que se ha sostenido, y después á quien Dios se la dé el público se la bendiga.

Dijo el colega que entre el palacio arzobispal y la catedral de la ciudad burgalesa media una antiqüísima vía.

Dijimos nosotros que entre ambos edificios no media vía alguna, sino que ambos edificios están tan juntos como un papel á otro adheridos por una oblea.

Replicó el colega que nó; que entre ambos edificios media una de las calles más antiguas de Burgos: la de la Lenceria.

Insistimos en que están tan juntos los citados edificios que el arzobispo sale de su palacio

y entra en la catedral sin andar bajo descubiertos tres metros, y eso sobre el mismo atrio de una de las puertas del magnífico templo.

Y ayer ya reconocemos el colega que el Palacio arzobispal y la catedral, si bien están contiguos por la parte de la puerta del Sarmiento, después van separándose de tal modo que viene á mediar entre ambos toda la calle de la Lenceria, que es la que se ha adornado y tapiado.

¡Hola! ¡con que ya reconocemos que los edificios están contiguos por una parte!

Luego ya no media ninguna calle entre ellos, porque mediar es separar, «existir ó estar una cosa en medio de otras», según la Academia.

Es decir que entre las cosas de que tratamos (catedral y palacio) no existe la otra (calle).

Y ahora digamos lo que no hemos querido decir hasta aquí para ramichar bien nuestras afirmaciones, ya que no puede caber duda sobre la exactitud de nuestra afirmación: El palacio arzobispal y la catedral son dos edificios que están tan juntos, como dos papeles adheridos por una oblea. Lo que hay es que por uno de esos abandonos tan propios en los tiempos pasados y tan lamentables á la vez, sobre las tapias de ambos edificios se construyó una hilera de casas bajas y deformes, que son las que forman el ala derecha de la calle de la Lenceria. Casas que se proyecta derribar desde hace mucho tiempo para que queden las paredes limpias como deben estar y haya una anchurosa vía que conduzca á la más hermosa entrada de la catedral.

No se separan ambos edificios por este lado, no; es que los cubre un grosero bastidor de cauchas feísmas.

Podrá llamarse del Sarmiento la puerta de la parte donde se ven juntos el palacio y la catedral y podrá ser valentísimo el número de escalones que cuenta dicho pórtico. Esto no destruye nuestra afirmación de que los tantas veces citados edificios están juntos, ni prueba la del cronista del colega que dijo que media entre ellos una antiqüísima vía.

Siá recoger vamos pequeños errores de detalle, ¡dónde pondremos el suyo de decir que la calle de la Lenceria es uno de las más antiguas de la ciudad, cuando es muy posterior á la catedral y hay calles mucho más antiguas que el famosísimo templo?

Lo más gracioso que ayer escribí el mismo periódico es lo siguiente:

«Respecto al calificativo de *Real* que dimos á la Cartuja de Miraflores procure La Voz estudiar la cuestión y entonces habie; nosotros hemos dicho bastante y estamos en lo firme, porque para eso nos enteramos primero».

Si se tiene en cuenta que sobre este punto no ha habido más discusión que la de negar nosotros que la Cartuja es *real monasterio*, como lo llamó el colega, cosa sobre lo que no ha insistido el colega, porque sabe que, en efecto, no es un *real monasterio* aquel edificio, ¡no es graciosísimo que nos diga que procuremos estudiar la cuestión, que ha dicho lo bastante y que está en lo firme?

¡E! ¡mones, señor, riámonos! que al fin de la polémica hay que decir como en la popular zarzuela: ¡cosas de Perico!

El teatro en el siglo XXV.

Maravilla pensar en el porvenir reservado al teatro con motivo de los descubrimientos científicos. Ya la electricidad nos da á conocer una porción de juegos y combinaciones del mejor gusto escénico, y nada como ella para producir esas tempestades que, con su obligado cortejo de relámpagos y truenos, se desencadenan entre bastidores.

Pero si hasta ahora contribuyó á dar realce y esplendor á las funciones de gran espectáculo, en adelante será el alma de la escena y animará con soplo sutilísimo y vivificador el desarrollo del drama y la ópera.

No há mucho se establecía en Madrid un abono para las audiciones á domicilio, y la electricidad se encargaba de *transportar*, por medio del hilo telefónico, las voces del incomparable Gayarre, con el mismo tono y colorido con que salía de la privilegiada garganta del grande y nunca bien llorado artista.

Aquí, la electricidad al conduciendo las modulaciones de la voz humana; transportando las mejores sinfonías de la música, y dejando oír desde las soledades del gabinete un trozo de ópera, se muestra sumisa y obediente; mientras que allí, para producir la tormenta, se deshace en relámpagos de blanca luz y brama con voz de trueno, neutralizando, sin embargo, tan extraños efectos para hacerse agradable al espectador. A no presenciarlo, es imposible comprender el partido que ha de sacarse de este importante fluido etéreo.

Por esto, al ocuparse Edison de lo que será el arte escénico en el siglo XXV, concede á la electricidad toda la importancia, y la presenta como base de futuras innovaciones y como causa eficiente del trastorno que experimentará nuestro teatro contemporáneo. Las obras de los grandes dramaturgos pasarán á aquellas generaciones sólo á título de curiosidad; pues más prosaicas que la nuestra, no se pagarán tanto de las bellezas literarias como de las es-

cenas de la vida real, que tendrán ocasión de ver reproducidas cualquiera que sea el lugar donde se desarrollen y el motivo que las origine.

El más humilde teatro de Madrid podrá entonces representar en un simple lienzo la ópera que se cante en París ó San Petersburgo, sin necesidad de actores; podrá presentar una batalla que se libe en aquellos momentos, y hasta los detalles de una ejecución; en una palabra, cualquier suceso donde quiera que se verifique, no importando ni el lugar ni la distancia. Los grandes oradores serán oídos y vistos en todo el mundo.

En la próxima Exposición de Chicago se exhibirá una nueva invención de Edison, la última producida por este genio excepcional, llamado á resolver el problema que bullia en la mente de su autor respecto del teatro. Tres años de afanes y desvelos, tres años consagrados al estudio, han bastado para dar al mundo como la última maravilla del mundo «el Kinetógrafo», aparato formado de la unión del fonógrafo y de la cámara fotográfica para la reproducción simultánea del sonido y del movimiento; por él pueden ser reproducidas 82.000 fotografías en cada media hora, así que una ópera ó una batalla pueden presenciarse desde casa.

Pero dejemos á Edison la descripción de su máquina.

«El aparato se pone en movimiento, ábrese, detiénesse, toma una fotografía, ciérrase, se pone en movimiento, ábrese, toma otra fotografía y así sucesivamente repetirá sus actos á razón de cuarenta y seis impresiones por segundo. Esta operación puede continuarse por treinta minutos sin interrupción. Así, 2.760 fotografías pueden ser tomadas cada minuto y 82.000 cada media hora».

Edison no duda que vivirá para escuchar una ópera por medio del Kinetógrafo y al hablar del efecto de la máquina se expresa así: «Supóngase que se quiere reproducir una ópera cualquiera. Colocaré mi máquina sobre una mesa frente al escenario. El fonógrafo recogerá la música, mientras el Kinetógrafo tomará la impresión de los movimientos de las personas que se encuentran en el escenario, á razón de cuarenta y seis impresiones por segundo».

Esto daría una impresión continua de todo lo que pasa en el escenario. Después se desarrollarán las láminas fotográficas, se colocarán otra vez en la máquina y la lenta fotografía será sustituida por otra, objetiva. Entonces la parte reproductiva del fonógrafo será ajustada y por medio de la luz de *Calsium* la escena entera podrá reproducirse en tamaño natural en una cortina blanca colocada frente al auditorio.

La escena original aparecerá á sus ojos con toda naturalidad y se verán á los actores que en ella tomen parte con todos sus movimientos y sus gestos, del mismo modo que si fueran artistas verdaderos actuando en un escenario. Los colores no aparecerán, pero se oirá y verá la ópera tal como pasa en el teatro. La máquina es de hecho un ojo mecánico.

Agrega Mr. Edison: «Yo escribí un artículo, hace algunos años, sobre la fotografía del movimiento, y varios periódicos me ridiculizaron y me dijeron que haría mejor en callar. Desde entonces determiné trabajar sin cesar hasta realizar lo que tenía como un hecho posible. Mi máquina no está perfecta aún, pero me propongo tenerla lista para la Exposición de Chicago».

Hasta aquí el inventor prometiendo habilitar su máquina á el primer paso en el orden de las reformas; por nuestra parte, confiamos ver cumplidas sus promesas y creemos que su pensamiento ha de realizarse en un plazo tan breve, que no aventuramos al decir: que el mismo Edison podrá escuchar una ópera en la forma que desea. Y en este estado las cosas, ¡quién puede juzgar de la suerte del teatro?

A muchas consideraciones se prestan ciertos fenómenos de la civilización en esta nuestra época de progresos, y sobre todo hay un hecho digno de observación y estudio, á saber: que á medida que la industria y el comercio adelantan, enferma el arte.

Nuestro siglo, pesimista por excelencia, todo lo pone al negocio y al lucro y á la comodidad; desea divertirse sin esfuerzo y sin trabajo, y por tanto se concreta á admirar friamente la belleza de los moldes dramáticos y artísticos. De continuar la fiebre de invenciones científicas, es un hecho, aunque triste, que el arte, en sus diferentes manifestaciones, desaparecerá.

Ya hoy está herido de muerte. La pintura no puede competir con las industrias de la fotografía y del barro; la escultura se ha sustituido por el barro cocido, la escajola y el *bi-cuili*; la música clásica, la música de muchos maestros, abunde con sus armoniosas notas á la mayor parte de los oyentes, y la literatura sucumbe á toda prisa.

Si estos síntomas reveladores del mal para el arte se presentan en toda su desnudez al presente, ¿qué sucederá después de seis siglos?

Diremos con Edison «que el teatro habrá muerto», pues aquellas generaciones, mucho más pesimistas y prosaicas que la nuestra, no se contentarán con una copia de lo que sucede